

“...entrando en casa del fariseo se recostó a la mesa” (Lucas 7, 36-50)

El Evangelio de hoy nos narra el encuentro de Jesús con una mujer pecadora, en casa de un fariseo. Aquella buena mujer le lava los pies con perfume y se los seca con sus cabellos. Jesús dice de ella: “*sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor.*”

Tanto Simón, el fariseo anfitrión, como los demás invitados se escandalizan ante la actitud de quien se deja tocar por una pecadora y termina arrogándose la facultad de perdonarle los pecados.

Quiero detenerme en el hecho de ver a Jesús en casa de un fariseo, aceptando su invitación, comiendo con él, su familia y sus amigos. No parece “políticamente correcto” el mantener unas relaciones tan fraternas con quienes le denigraban y perseguían. Sin embargo allí está Jesús, siendo motivo de contradicción y demostrando con hechos su apertura, su aceptación incondicional a todas personas, su predilección por quienes más le necesitaban.

Pienso que podría haberse encaramado fácilmente en una actitud de confrontación con sus enemigos. Le hubiera dado mucho rédito social. Fácilmente hubiera liderado el sentir y el pensar de los más abandonados y desprestigiados de la sociedad contemporánea. Hubiera crecido en popularidad... Pero no, Él no vino a condenar sino a salvar... también a sus enemigos declarados...

Se trata de una postura cargada de mansedumbre, ecuanimidad, apertura, sencillez, aceptación incondicional... Aún sabiendo que sus enemigos socio-religiosos difícilmente cambiarían de posturas, Jesús no rompe relaciones, Jesús construye puentes...

Encuentro aquí una llamada de gran actualidad. Vivimos en una sociedad plural. Convivimos con personas que piensan, sienten, viven desde parámetros no necesariamente iguales a los nuestros y, en no pocas ocasiones, opuestos a los nuestros. Jesús nos invita hoy a esa gran apertura que, por otro lado, debe ser un elemento característico de todo “corazón Hospitalario”. Acoger al diferente, “sentarnos a su mesa” sin por eso renunciar a nuestro modo de ser.

El XX Capítulo General nos recuerda que el servicio Hospitalario debe ser “*liberador e inclusivo*” (XX CG, 5) en relación a los destinatarios y también en relación a los colaboradores que lo hacen posible. (XX CG, 24). El ser inclusivo y no excluyente se nutre de esta actitud de aceptación del diferente que estamos reflexionando.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

